En memoria de Felipe Carrillo

por José Ingenieros

Sencillamente, sin filosofía y sin literatura, como lo habría deseado Felipe Carrillo, apóstol y mártir de la justicia social, quiero asociar mi nombre a la memoria del que fué Gobernador Constitucional del Estado de Yucatán y primer mandatario socialista llevado al poder por un pueblo de nuestra América Latina. Su misma humildad me impone el deber de este homenaje, pues si tuve la dicha de ser su amigo y confidente epistolar en horas de noble inquietud para él, justo es que ahora arrime una piedra para el monumento que en breve erigirá, no lo dudo, el pueblo entero de México. Es una fatalidad demasiado humana que todos los apóstoles de algún ideal sean fusilados por sus contemporáneos, cuando no por el plomo o el puñal, por la maledicencia o la calumnia; y es su justa recompensa la gloria póstuma, que a veces tarda, pero siempre llega, cuando el recuerdo de las virtudes se sobrepone al rencor de los que por ellas se sintieron más heridos.

*

A principios del año 1921 recibí de México una carta de firma desconocida. Entre tantas, ésta me llamó particularmente la atención por su fervoroso idealismo y por la sencillez simpática de sus conceptos; era de un hombre bueno y soñador, apasionado por la justicia social, militante en las filas avanzadas de la Revolución Mexicana, que en esos momentos adquiría un contenido renovador con el gobierno del general Obregón. Su autor había leído, en diarios de México, algunos escritos míos acerca de la guerra y de la honda conmoción que era su resultado natural, teniendo por expresión más visible la Revolución Rusa, tan calumniada entonces por la prensa capitalista y amarilla, como enaltecida hoy por la misma en la personalidad ya histórica de su ilustre Lenín. Muy pocos creían entonces que los derrumbadores de la oprobiosa autocracia zarista se mantuvieran en el poder contra los ataques militares y periodísticos de la nueva Santa Alianza que las potencias aliadas habían protocolizado en Versalles; el autor de la carta me expresaba su optimismo, previendo lo que hoy todos sabemos: el triunfo de los revolucionarios rusos, histórica e internacionalmente consagrado ya con el reconocimiento del Gobierno de los Soviets por todos los gobiernos de Europa.

*

¿Quién era mi optimista corresponsal? La carta — que he perdido — traía un membrete de la Cámara de Diputados, de México, y una firma para mí nueva: “Felipe Carrillo”. Le contesté sin demora, en téminos cordiales, encareciéndole me favoreciese con informaciones amplias sobre el contenido social de la revolución mexicana. Así quedó establecida mi amistad epistolar con Felipe Carrillo Puerto, mucho antes de que la política lo elevara al cargo de Gobernador del Estado de Yucatán. Le envié algunos libros que podían interesarle y no pocas publicaciones que le permitieran apreciar el movimiento político e intelectual de la Argentina; me retribuyó con publicaciones mexicanas, particularmente yucatecas.

No conservo sus primeras cartas. De fecha octubre 10 de 1921 recibí, en Diciembre, una muy extensa, en diez carillas escritas a máquina, sobre papel con membrete de la “Liga Central de Resistencia del Partido Socialista”, datada en Mérida; tan importante la consideré, que después de leerla a varios amigos, la guardé celosamente y forma la primera pieza de la *Correspondencia de Felipe Carrillo*, que en homenaje a su memoria considero mi deber publicar.

Uno de los últimos párrafos de la carta — escrita a menos de un mes de las elecciones en el Estado — decía, como información accesoria, lo siguiente: “El Partido Socialista, que domina y dirige la opinión pública de la mayoría de Yucatán, me postula su candidato para las próximas elecciones de Gobernador Constitucional, y en el caso de llegar al poder, procuraré por todos los medios implantar una ley semejante (de expropiación y reparto de los latifundios, vigente ya en el Estado de San Luis Potosí) que beneficie prácticamente a los trabajadores del campo”.

Con una simplicidad digna de los primeros apóstoles cristianos hablaba Carrillo, en sus cartas, de política social; tenía la visión clara de los males y de los remedios, adecuada al campo de experiencia que el destino podía poner a su alcance en un momento dado. Su mucha imaginación de reformador se presentaba siempre sostenida por un gran sentido práctico, surgido del contacto con la realidad social; pero nada revelaba que el deseo de acción le sugiriera ilusiones de éxito privado. En ningún momento deseó el gobierno por vanidad; sus cartas de todo hablaban, menos de eso.

*

A principios de Diciembre llegó a Buenos Aires la carta a que hice referencia; no alcanzó a prevenirme para una sorpresa que me resultó sensacional. El 6 de noviembre de 1921 se efectuaron en Yucatán las elecciones y on fecha 9 del mismo la agencia *All American Cables* me entregó el siguiente cablegrama: “José Ingenieros, Viamonte 776, Buenos Aires, Argentina — Partido Socialista Sureste triunfó definitivamente, gobernador, diputados, ayuntamiento con sesenta mil ciento veinte y siete votos, inmensa mayoría pueblo. — Afectuosamente, el presidente — Felipe Carrillo.” La carta del 10 de octubre, en vez del anuncio previo, me trajo un mes después la prueba del alto valor moral del hombre sencillo, llegado a la más alta magistratura de su pueblo sin dar a la cosa otra importancia que la de poder servir con más eficacia sus ideales.

Entre tanto, por amable mediación de Julio Barcos, había trabado amistad en ésta con el poeta Antonio Mediz Bolio, distinguido intelectual y simpática persona, que era Secretario de la Legación de México y provisionalmente Encargado de Negocios, desde la muerte de Amado Nervo. Por feliz coincidencia era Médiz Bolio nativo de Yucatán y amigo de Carrillo; me dió

FELIPE CARRILLO

las más claras explicaciones sobre el contenido social de la Revolución Mexicana y sobre la organización sindical de la clase obrera de Jucatán. Pero, más que todo, me interesaron sus referencias sobre la personalidad de Felipe Carrillo, que en su verba expresiva y calurosa me pintó como el apóstol de las masas agrarias de Yucatán, que tenía el don de predicarles el advenimiento de la justicia social en el propio idioma de los Mayas. De aquellas conversaciones con Médiz Bolio — a que asistieron Muzio Sáenz Peña, Martínez Cuitiño, Coronado, Giusti, Icasate, Bianchi, Orzábal ,Gómez ,Cisneros, Bermann, Ponce, Méndez, Calzada, Barcos, Peña, Del Mazo, Castiñeiras, P. López Buchardo, Pezzi, Moreau, Julio González, Vrillaud, Palcos y otros amigos que olvido — adquirimos todos la convicción de que Felipe Carrillo era, por su fé y por su voluntad, capaz de afrontar con éxito las grandes responsabilidades que el Gobierno le imponía.

*

Telegrafié de inmediato a Carrillo, siendo su carta escrita antes de las elecciones, resolví esperar alguna posterior, para contestarle extensamente. Una fechada a 15 de noviembre, nueve días después de electo, no comienza comentando el suceso, sino hablando de la necesidad de combatir el analfabetismo de las masas, como primordial labor de toda acción civilizadora. Y más adelante, en un párrafo único, dice con encantadora naturalidad: “El día 6 del mes en curso verificóse en este estado las elecciones para elegir Poderes. En el certamen democrático contendieron los dos Partidos que en el seno de toda sociedad dispútanse la primacía política; el conservador, con el nombre de Liberal Yucateca, y el revolucionario, con el nombre de Partido Socialista del Sureste. Este último, que me hizo la honra insigne de postulante para la primera magistratura del Estado, triunfó en las elecciones por una inmensa mayoría quedando consagrada políticamente la fuerza democrática de las masas organizadas de los trabajadores de la comarca. Mi preocupación mayor consiste en el modo cómo podré resolver, en su debida oportunidad, los grandes problemas que, dentro de la relatividad ordinaria de las cosas, se ofrecerán, sin duda, en el período de mi gobierno”.

Carrillo me pedía pareceres y me invitaba a hacer un viaje hasta Yucatán. Estuve indeciso sobre lo que podía aconsejarle o prometerle. En marzo recibí otras cartas, que contesté someramente, y con fecha 1o. de junio de 1922 le remití una más extensa, cuyo contenido podré intercalar entre las de ,Carrillo, por haberse publicado en todos los diarios yucatecas partidarios de Felipe. Tengo motivos para creer que esa carta, por su oportunidad, significó un gran apoyo moral para el nuevo gobernador, acosado ya por la oposición de viejos politiqueros tan hábiles como inmorales.

*

Aunque mis relaciones con los grandes diarios de ésta eran francamente incordiales, desde que en 1919 sus propietarios se asociaron para combatir toda corriente de ideas renovadoras, hice en torno de Carrillo y de su orientación política alguna propaganda eficaz, no sin rememorar que en el experimento de Yucatán revivían los célebres proyectos de enfitensis agraria que honran a nuestro genial Rivadavia.

Con fidelidad recíproca mantuvimos, con Carrillo, una correspondencia muy interesante, que de año en año aumentó mi afectuosa simpatía por el abnegado gobernador yuteca. Tuve testimonio de su reciprocidad por intermedio del amigo Alfredo L. Palacios, que visitó Yucatán en 1923, trayendo de Carrillo y de su obra las más gratas impresiones. No ocultaré la satisfacción con que el 1.° de abril recibí el siguiente cable: “Después conferencia de Palacios, que le recordó cariñosamente, el pueblo aclamó su nombre. Afectuosamente, Felipe Carrillo”.

A su regreso, Palacios, puso en mis manos un precioso bastón de carey que lleva grabado en su escudo el testimonio de simpatía del partido presidido por Carrillo; lo conservaré como prueba de afecto del hombre bueno que así retribuyó mis pobres obsequios de libros.

Las últimas cartas suyas que he podido encontrar son de abril y junio de 1923, posteriores al viaje de Palacios. Le escribí por última vez en noviembre, ya en plena revolución huertista; supongo que esa misiva no llegó a su poder.

*

Releyendo las cartas de Carrillo, confirmadas por las publicaciones de la prensa yucateca, amiga y adversaria, se llega a la conclusión forzosa de que su labor representa el primer ensayo de gobierno socialista en la América Latina, tipificando con líneas más firmes el sentido general de la política mexicana. Sería injusto olvidar que en la gran nación hermana esa política no es nueva. Durante las presidencias de Madero y de Carranza se insinuaron claramente las tendencias que se han acentuado en la de Obregón; en los poderosos núcleos del movimiento laborista mexicano se recuerda actualmente a Zapata como un precursor y en varios estados se han puesto en práctica leyes agrarias tan radicales como las ensayadas por Carrillo en Yucatán. Más todavía; es forzoso reconocer que, en Yucatán mismo, el gobierno del general Alvarado definió su tendencia teórica en el mismo sentido, aunque no logró darle vida en el terreno de las realizaciones prácticas.

Estas consideraciones obligan a pensar que la inclinación hacia el socialismo agrario no es, en México, el resultado de una ideología doctrinaria que intenta violentar la realidad social, sino que emerge de las condiciones mismas de esa realidad, a punto de que cualquiera otra política resultaría allí inadecuada a las necesidades efectivas de la casi totalidad del pueblo mexicano. Así se comprende que casi todos los líderes del movimiento sean hombres salidos de las mismas filas populares, verdaderos portavoces del “hambre de tierra” en que la población agraria ha vivido durante el régimen de acaparación feudal que siguió al coloniaje español.

País esencialmente agrario, como muchos de nuestra América Latina, su socialismo ha brotado como una reivindicación de la tierra por la masa nativa, despojada por acaparadores latifundistas; su semejanza con el problema de Rusia es grandísima y la visión realista del remedio no es otra que la señalada hace un siglo en la Argentina por Rivadavia.

En su organización y estructura el socialismo de México tiene un carácter marcadamente sindicalista, que es el propio y típico del movimiento obrero mientras las reivindicaciones sociales no son desplazadas por las necesidades de una acción política que, en muchos casos, acaba por hacer primar los medios sobre las fines. En sus últimos documentos la organización capital de las fuerzas políticas obreras usa el nombre de Partido Laborista Mexicano.

*

En el caso particular de Yucatán se mantienen las mismas características. Las primeras cartas de Carrillo, anteriores a su ascensión al Gobierno, traen el membrete: “Liga Central de Resistencia del Partido Socialista”, al que se agrega poco después: “del Sureste. Adherido a la Conferencia Regional Obrera Mexicana”. El lema es siempre “Tierra y libertad”, seguido de tres declaraciones que definen su programa de acción social.

Considero inútil entrar en explicaciones. Por mi parte, requerido mi consejo al respecto por Carrillo, recuerdo haberle recomendado que, aun manteniendo la más completa solidaridad moral con la Revolución Rusa, no convenía adherir a la Tercera Internacional ni ligarse al Partido Comunista, aunque descartando toda vinculación con la Segunda Internacional y con los socialistas amarillos que servían los intereses de las potencias aliadas, esencialmente reaccionarios en esa época.

También le expuse la necesidad de adaptar la acción de su partido al medio en que actuaba, recordándole que la fuerza más grande de los revolucionarios rusos ha sido el profundo carácter nacionalista de su obra, felizmente acentuado por las invasiones de aventureros militares pagados por las potencias aliadas.

No le oculté la ventaja de dar un carácter latino- americano al movimiento, por considerar que nuestros países están en la situación de “estados proletarios” frente al capitalismo imperialista de Estados Unidos, que representa el único peligro común para la independencia de nuestros pueblos. El diario *El Popular*, de Mérida, al reproducir mi carta a Carrillo, interpretó mi pensamiento al ponerle como título: “Un gobierno socialista resulta el más leal y sincero defensor de los intereses nacionales”.

Le expuse, en fin, mi opinión sobre la absoluta necesidad de asegurar equitativas indemnizaciones a todos los latifundistas cuyos bienes fuesen legalmente declarados de utilidad pública, pues toda forma de expropiación no indemnizada, además de injusta, resulta nociva por las formidables resistencias que levanta contra el gobierno que la efectúa.

Debieron coincidir mis opiniones con las propias de Carrillo, pues todas ellas primaron en la práctica.

*

La obra realizada por Carrillo en sus dos años de gobierno respondió completamente a lo que sus lejanos amigos esperábamos de él; está relatada en sus cartas y documentada en publicaciones oficiales, que demuestran su desvelo primordial por la solución del problema agrario y por el desarroll ode la educación pública.

Desde el primer momento gozó del más alto concepto moral en todo México. Excelentes referencias de su gobierno me dió José Vasconcelos, en su breve estancia de 1922 en Buenos Aires; pocos meses después visitó a Carrillo en Yucatán, para asesorarle en sus iniciativas relacionadas con la instrucción pública. Debo declarar, sin ambajes, que mi amistad con Carrillo fué un factor decisivo de los conceptos de simpatía política por la Revolución Mexicana, enunciados en mi discurso al ofrecer a Vasconcelos el banquete de los intelectuales argentinos, auspiciado por la revista *Nosotros*. Si en algo estimaron los mexicanos mis palabras, sepan que fué Carrillo uno de sus involuntarios inspiradores.

Poco después de Vasconcelos estuvo en Buenos Aires el ministro de México en Chile, Trejo y Lerdo de Tejada, hombre de inteligencia vivaz y de acción eficacísima, de quien obtuve nuevas y preciosas informaciones sobre los ideales de la revolución mexicana; de sus labios escuché elogios entusiastas de Felipe Carrillo, de su sinceridad ideológica, de su capacidad como organizador. Todos los informes, que por diversos conductos me llegaban, coincidían en agrandar la figura del apóstol del socialismo agrario, por cuya labor llegué a sentir, además de simpático interés, una respetuosa admiración.

*

No habiéndole conocido personalmente, me es imposible dar una impresión sobre su persona y su carácter. De un artículo de Carlos Loveira, reproducido en *Renovación*, de Buenos Aires, en abril de 1923, transcribo las siguientes líneas expresivas:

“Felipe Carrillo, actual Gobernador de Yucatán, es hombre de cuarenta y ocho años. Alto, fornido, de aspecto saludable y mirada inteligente, toda su figura dimana fuerte influencia simpática. Por la consecuencia inalterable con que vive su socialismo, aun en las facetas de la moral personal que practica, contrariando valientemente rutinas y preocupaciones, y por el aislamiento de toda seducción social en que se mantiene, da influyente ejemplo disciplinario a sus colaboradores y prosélitos; por sus continuados y fervorosos esfuerzos en pro de la emancipión moral material e intelectual de los indios, a precio de la miseria propia y de los suyos, de persecuciones y destierros en los años de opresión y tiranía más o menos disfrazadas; con Díaz, con Madero y con Huerta; porque, hoy, sin marearse con las alturas del poder, sigue pasando la mayor parte de su tiempo y entre *su* gente de los pueblos y las haciendas procurando mejorar sus condiciones en todos los órdenes; porque como en épocas anteriores y según va dicho, se pone siempre en contacto con los suyos en la lengua de los mayas, que habla con fluidez y casi con la pureza primitiva, en pláticas fraternales, mientras vive las costumbres sencillas de la raza; por todas estas sugestivas razones, los indios le idolatran con invulnerable fervor, dándole un poder social que le hará, indefinidamente, en tanto no se rinda ni violenta o dolorosamente le rindan las adversarios o las malas compañías, factor decisivo e imprescindible en todo movimiento político en el Estado de Yucatán”.

*

Carrillo tuvo, entre otros méritos, el el de no olvidar en el gobierno los principios que profesara en el llano. En el Congreso Obrero celebrado en la ciudad de Izamal, presidido por él como Gobernador, se le aclamó Presidente del Partido Socialista del Sureste y se trataron los temas referidos en el número indicado de *Renovación*.

Carrillo y sus amigos, en el gobierno, fueron fieles a sus ideales y principios de renovación social. Ignoro las tachas que les harían sus adversarios; la única que nadie pudo hacerles, seguramente, fué la de inconsecuencia entre las predicaciones del apostolado y la obra ejecutiva del poder.

*

Carrillo, como toda la izquierda de los mexicanos solidarios con el presidente Obregón, era partidario de la candidatura presidencial del general Plutarco Elías Calles, cuya popularidad, entre el pueblo trabajador de México, era inmensa. El triunfo de su candidatura se descontaba por una mayoría enorme, abrumadora. Así me lo ratificó en Buenos Aires, a principios del año 1923, el diputado obrero mexicano Exequiel Salcedo, con quien hicimos mucha amistad en pocos días; Salcedo pertenecía al grupo de Carrillo y supo ilustrarme con rara sagacidad sobre la situación de los núcleos políticos en vísperas de la elección presidencial. Su impresión era definitiva: Calles o nadie.

El periódico *“Renovación”* de Buenos Aires, que se había ocupado varias veces de Carrillo y su gobierno, publicó el manifiesto de Calles al aceptar su candidatura presidencial; basta leer ese documento para comprender lo que significaban las palabras: Calles o nadie.

*

Adolfo de la Huerta, agente financiero en continuo trato con los yanquis y ministro de hacienda de Obregón, fué el personaje escogido por los conservadores mexicanos para obstruir la candidatura de Calles. Era De la Huerta “socialista amarillo”, habituado al trato social con los pelucones de México y con los capitalistas norteamericanos; su candidatura, opuesta a la de Calles, era una de las habituales maniobras jesuíticas que los políticos desleales suelen emplear contra sus adversarios más firmes. La candidatura de la Huerta, hombre del partido gobernante, mereció el apoyo de todos sus enemigos internos y externos, asumiendo los caracteres de una simple traición.

Al verse desamparado por su propio partido, que prefería sin disputa a Calles, se lanzó De la Huerta a la guerra civil, contando con el apoyo de todos los elementos conservadores que estaban afligidos por las tendencias laboristas de Obregón. ¡La guerra civil! Todos los pueblos de la América Latina han conocido sus horrores y saben que hay siempre una multitud de caciques descontentos que la desean, para medrar mejor.

“LA PALABRA DE ZARATHUSTRA”

por Andrade Núñez Olano

Nietzsche, el renovador. Es justo el decir de Papini acerca de Nietzsche: todos tenemos una deuda de amor con él. Quien más, quien menos, ha saludado en esa filosofía, el grito del júbilo propio, la fórmula de sus rapaces deseos. Como en el mito antiguo, su palabra nos sale al paso, canto de imprevistas sirenas. Pocos saben desatender el urgente llamado, y así van hacia la voz robusta, como hacia un puerto.

En toda juventud, es Nietzsche, en verdad, el Revelador. Su filosofía sin sistema conviene exactamente a la impaciencia de los años mozos. Es él quien nos descubre las cosas que sentimos y no sabemos decir. Por él justificamos la avidez del instinto, tendido hacia la vida como una garra. Loamos la fuerza conquistadora y audaz; ensanchamos los límites del propio egoísmo. Y aún nuestro arte aprende en él, a modular sus variaciones sobre el noble ritmo de los sentidos dionisíacos y apolíneo ,como en una doble flauta.

ALBERTO LAMAR SCHWEYER

Así prolonga esta influencia sobre nosotros, durante largo tiempo, su acción tutelar. Pesa de un lado, para afirmarla, el amor de los descubrimientos primeros; de otro, la justa acomodación de sus principios a los propios sentires. Mas llega un día en que, bien por descubrir, como Papini, que es la debilidad el secreto de esta vigorosa filosofía, bien porque la férula nos pesa, nos decidimos a enfrentarla. Y la investigación es siempre dolorosa, porque, al cabo, las viejas convicciones son ya como carne de la propia carne.

“La Palabra de Zarathustra”. — Posiblemente, ha sido esa la actitud de Alberto Lamar Schweyer al escribir este libro. Estudia aquí, principalmente, la moral de Nietzsche y su influencia en el espíritu latino. Hay que admitir esa influencia. Y hay que reconocer, sobre todo, la latinidad espiritual de este alemán. Soldado en la guerra franco-prusiana, su correspondencia testimonia, francamente, admiración decidida hacia la cultura gala. Bien anota Lamar su predilección por Guyau y Sthendal. ¿Y no es significativa su influencia sobre espíritus tan larga, tan amplia, tan jubilosamente latinos como Gabriel D'Annunzio?

Joven de la más bella juventud, Lamar, como otros, ha amado y ama a Nietzsche y ha sentido la necesidad de ver el fondo de la filosofía. Esta investigación de la moral nietzscheana, trasciende a justificación de la moral propia, frente, a veces, bajo los graves conceptos, la inquietud del que está auscultándose a sí mismo. Grata y dolorosa pesquisa! Mas ella, al cabo, otorga el derecho de proclamar — como se hace en el final de este libro, — el triunfo del optimismo; el advenimiento de la hora de Nietzsche.

¿Hasta qué punto es oportuna esa renovación de las perspectivas morales, como consecuencia de las prédicas del profesor de Basilea? Lamar apunta: “Ahora como en ningún otro momento histórico, el espíritu de los pueblos latinos es propicio a la cristalización del sueño nietzscheano.” Y añade: “Todo ha contribuído a ello. Siglos de estudio y de proposiciones que cristalizan en un escepticismo lógico; experiencias que destruyen apreciaciones sentimentales; nuevos problemas nacidos al calor de la vida moderna, hecha de inquietud y de verdad, iniciaron una quiebra espiritual que ahora se completa”. Se adivina, tras esas palabras, el convencimiento de la necesidad de una reacción inmediata, la urgencia de una transfusión de sangre nueva en las viejas venas del mundo.

“La apreciación de la vida, que se ha hecho esencialmente pesimista, — dice aún Lamar, — requiere un esfuerzo que tienda a su justificación, y sólo por el camino de Nietzsche habrá de llegarse hasta ello. Aprendamos a bendecir la vida que sonríe en la boca roja de las mujeres y que tiene si queremos, justificación en ella misma”.

Y todo eso, amigos, es justo y oportuno según la bella juventud que lo dice.

La Habana, 1924.

La libertad del pensamiento en la Universidad de La Plata

No necesita comentarios el siguiente suelto de nuestro colega universitario *Bases*, de La Plata, que dirije el compañero Pedro A. Verde Tello:

“El señor Mussolini, papagayo trágico, al hacer propaganda para el fascismo en las últimas elecciones realizadas en Italia, aseguró que la libertad de pensamiento estaba garantizada para todos; podían escribir y pronunciar discursos, representantes de cualquier agrupación. *Lo único que se les prohibía era atacar al gobierno y al fascismo.* Nada más que eso... Bien poco ¿verdad?

Bueno en la Universidad de La Plata, sucede lo mismo. Se puede escribir y hablar de todo. *Lo único que se prohibe es hacer apreciaciones sobre el Exmo. Presidente de la Universidad.*

Los estudiantes de la Facultad de Química no sabían esta novedad y se permitieron la irreverencia de decir algunas cosas en contra del doctor Nazar Anchorena. Fué lo bastante. *Al día siguiente se suspendió a toda la Comisión Directiva del Centro de Estudiantes de Química por quince días!* Si insisten se ha prometido que los estudiantes serán expulsados.

¿Pero el Presidente por sí, puede hacer tal cosa?... Eso es lo de menos: el Consejo Superior aprueba sin chistar.

¿Que esto no sucedía ni en tiempos del doctor Rodolfo Rivarola? Así es pero el doctor Rivarola... no era “líder” de la Reforma Universitaria como lo es el doctor Benito A. Nazar Anchorena.

¡Adelante que marchamos muy bien!”

EL MARTIR FELIPE CARRILLO TENDRA EN BREVE CUATRO MONUMENTOS

En nuestro colega *Renovación*, que dirije en Mérida (Yucatán) don Lorenzo Rosendo Casares, leemos la siguiente información acerca de los honores póstumos a la memoria del apóstol y mártir Felipe Carrillo:

“Con fecha 21 del mes pdo., fué presentada al H. Ayuntamiento de esta ciudad una iniciativa para que en la glorieta de la avenida de los Itzáes se erigiera una estatua al Gobernador mártir de Yucatán. Más tarde se nombró una comisión que se encargará de lo relativo al asunto.

“La inteligente escritora norteamericana, Ms. Alma Reed que desde hace días se encuentra entre nosotros y a quien tenemos el gusto de saludar, trajo según hemos averiguado, la misión de recoger datos minuciosos sobre los asesinatos del 3 de enero, y la de tratar con el Gobierno del Estado lo relativo a la erección de un monumento que obsequiarán los obreros norteamericanos a la memoria del malogrado líder D. Felipe Carrillo.

“También sabemos que en la ciudad de México se levantará una estatua por la Confederación Regional Obrera Mexicana; y otra a la mitad de la carretera Dzitás-Chichén-Itzá, por las Ligas Socialistas del Sureste”.

A seis meses de su trágico fusilamiento es consolador consignar que la justicia póstuma no ha sido, por esta vez, ni esquiva ni tardía.

LA FILOSOFIA DE EDUARDO WILDE

por Belisario J. Montero

Por la originalidad de su pensamiento, por la agudeza de su ingenio, Eduardo Wilde está fuera del molde convencional del hombre normal. No es propio aplicar la moral y el criterio ordinario de la mediocridad a personas que, por la altura y la cultura de su mente, no viven de esa vida común, y están al margen de esos cánones y preceptos. Su situación entre nosotros fué determinada primero, y establecida después, por sus propios actos independientes y originales, los cuales formaron a la larga una especie de manera individual dentro de la cual vivió, más o menos tolerado por los demás. Y ese fueró de conciencia que creó para su propio uso, fué afirmado por el derecho de llamar todo por su nombre, de usar la sinceridad impertinente y a veces brutal de la franqueza que llenó de enemigos su camino, de tratar irónicamente los asuntos serios, y de no dar valor intrínseco ni a las ideas ni a los hombres, bien persuadido de que todo en el mundo es convencional, y de que esos hechos y esas cosas que nos envuelven en la vida, no tienen más valor que el que nosotros queremos darle, puesto que en realidad y en sí mismos no tienen ninguno.

Consideraba a las mujeres como los niños a las muñecas; y la sociedad no era para él, sinó una inmensa juguetería, dentro de la cual entreteníase con las intrigas, afanes, pasiones, orgullo y vanidades de sus títeres y arlequines. Podía haber aplicado el mismo juicio a la humanidad entera sin salir del pensamiento y del humorismo de ciertos moralistas.

En la conversación tenía el arte de poner cómodo a todo el mundo, arte que procedía de un sentimiento de humildad innato, según él mismo lo dice, que se unía después a un gran orgullo y a mucha vanidad, pues poseía bien desarrollados estos dos defectos, que en los hombres grandes suman como calidades. Su charla era encantadora. Reía a menudo con la frase, dejando impasible la expresión de su cara, mientras sus ojos grandes, bien abiertos y fijos, insinuaban por contraste lo contrario de lo que decía. Era un ser amable que se burlaba de los acontecimientos, siendo en realidad un gran sentimental.

—Yo soy un descreído intelectual—decía— y un iluso melancólico, un escéptico por educación y un ingenuo en materias de sentimiento; mi inteligencia es incrédula, pero mi sensibilidad es enteramente cándida; yo, como todos, soy dos individuos: uno cuando piensa y otro cuando siente. Soy capaz de dar una lección probando que la confianza es un absurdo, y al salir de clase cualquiera me engaña.

Una noche, en Orán (Africa), evocaba las cosas pasadas y alguna época en que se creyó feliz, y repetía: “¡Todo está lejos, lejos, lejos!, todo muerto, olvidado, seco, destruido, y hasta el poder de sentir, de marearme con ensueños agradables, está hoy oprimido por el peso de la vida real, de los años pasados, del físico decadente, del cansancio moral y de la percepción clara de la infinita miseria, anonadamiento de todo: afecciones, gloria, amor, amistades y tranquilidad suave o encantos pasajeros”.

Era entonces el eterno displicente, fastidiado y desencantado de todo, glosando las palabras de la *Imitación*: “Disponed y ordenad las cosas a vuestro placer y fantasía, y no encontraréis nada al final de la jornada que no pase por el camino del dolor”. Viajando de un lado al otro, de América al Africa, por mares y por tierras, el dolor es su compañero inseparable. Reside originariamente en lo profundo de su propio ser, y no es posible arrancarlo sin desgarramiento.

—

En materia religiosa no era un incrédulo falto de fe, sinó un descreído; tuvo creencias y las abandonó después. En la tesis sobre filosofía escrita en su juventud, afirma que el más intenso sentimiento que domina al hombre es el religioso, o sea el que hace entrever la divinidad. Esa concepción reside en la región del sentimiento, porque, según él, cuando el hombre explica sus relaciones con los demás seres y mide el grado de dependencia entre estas relaciones, forma su juicio en nombre de la razón, sin tener en cuenta, que muchas veces la base de ese juicio reside en el sentimiento.

Más adelante hablando de esto mismo, en tiempos de duro materialismo, afirma que tal vez exista Dios, sin existencia demostrable, y siempre como sentimiento; pero que los sentimientos no son demostrables, ni racionales sino por accidente. Y en su libro “Por mares y por tierras” nos cuenta que cuando él era niño jamás puso en duda la existencia de Dios. “Rezaba a Dios todas las noches y le pedía cuánto se me antojaba. Más tarde en el colegio, mi profesor de filosofía emprendió la tarea reglamentaria de probarme la existencia de un Ser creador, y entonces ví lo falaz de los argumentos y la inutilidad de tal empeño”. Después de eso pudo haber repetido con Tertuliano: “No es incorpóreo sino lo que no existe. Dios existe. No vemos el cuerpo de Dios porque nuestros sentidos no son bastante finos y sutiles para percibirlo”.

—

Decía que todas las religiones son respetables en tanto mantienen el espíritu y el corazón del hombre sobre el nivel de la vida animal, y que todas ellas admiten un fondo de fatalismo; y así la Providencia de los cristianos no es sinó el Destino que figura en otras creencias. Los sucesos no dependen de la voluntad del hombre, sinó de las leyes de la naturaleza. Todo está escrito, mi Doctor, me repetía continuamente *y todo llega*. Es absurdo suponer que el libre albedrío pueda cambiar los hechos. El fatalismo no contradice la libertad de acción, porque esta misma libertad es fatal dentro del mecanismo armónico del Universo. El hombre, originariamente orgulloso, y altivo, es, ante las vicisitudes de la existencia, como el hielo ante los rayos ardientes del sol. Algunos se sublevan, y su grito de protesta me recuerda el canto sonoro y altanero del gallo, que celebra la alborada del día desconocido para él, en que deben retorcerle el pescuezo. *Todo* llega, mi Doctor, repetía, y cualquier mañana de estas, cantaremos sin saberlo la alborada del día fatal, pues estamos más cerca de Plutón, de lo que creemos. Por otra parte encuentro que nuestro destino es tan cruel, en el caso de la muerte definitiva, como en el de una supervivencia indefinida. “Si la muerte es formidable, ha dicho tu sabio de la *Imitación*, tal vez sea más de temer una vida interminable”. Hay una leyenda en que se habla de un príncipe oriental que al tener noticia de la muerte de su padre, parte en busca de un país donde no se muera. Después de largos viajes entre los mortales, encuentra un ciervo que debe vivir hasta que sus cuernos, creciendo, lleguen al cielo; encuentra un cuervo que no morirá sinó después de haber llenado un enorme precipicio con pequeños guijarros que arranca con su pico. Pero ¿para qué sirve ganar una extensión o duración de tiempo, si ese tiempo ha de acabar? Y el príncipe continúa su viaje. Atraviesa los mares, llega a una isla maravillosa y entra a un palacio donde encuentra la Belleza. Allí no existe la noción de tiempo y el príncipe goza de una eterna juventud, de un amor que no se acaba; y entonces diez mil años transcurren como un sólo día. Pero el corazón de los hombres no es bastante fuerte para sostener sin desfallecimiento una felicidad igual y pura, y el príncipe se siente acometido por el deseo de volver al seno de los suyos. Abandona la Belleza, y la isla; vuelve al continente: el cuervo y el ciervo han muerto; su pueblo ha desaparecido; en el desierto han surgido nuevas ciudades y las antiguas ya no existen. Nadie comprende la lengua que habla el príncipe, y queda perdido entre los nuevos hombres que han olvidado a sus antepasados. Merced a un sortilegio vuelve a vivir entre los mismos los diez mil años que ha pasado lejos de ellos, y esos años transcurren como un sueño, y él mismo no es más que una sombra, un espectro, polvo que retorna en fin al polvo de la tierra. *Todo llega*, mi Doctor, *todo llega*.

—

Las continuas meditaciones sobre la muerte, forman una ocupación piadosa y una fuerte disciplina que sirve para afirmarnos en la idea de nuestra propia insignificancia. Ellas combaten con éxito la ambición desordenada y las vanidades, teniéndonos atentos y sumisos ante las perspectivas ineludibles de la eterna vengadora. Nacemos, no sabemos de dónde venimos; morimos, no sabemos adónde vamos. Es posible, como cree la vieja filosofía, que regresemos al punto de donde hemos partido; lo que en el fondo, no es solución, pues no se aclara una duda con otra duda; pero en definitiva, y en medio de mil fórmulas que nada resuelven, tenemos el hecho inexplicable e innegable de que nacemos, vivimos y morimos en medio de lo maravilloso.

A pesar de todo esto, no debemos tener miedo de la muerte, ni mirarla con horror, sinó por el contrario, familiarizarnos como con el cumplimiento de una función necesaria. Si en lugar de reflexionar sobre los bienes de que ella nos priva, pensáramos en los males de que ella nos liberta, la muerte nos parecería más bien benéfica. Cuanto menos temor del más allá, más nos acercamos al Creador. Lo que nos hace considerarla como un mal, es el aparato de que la rodeamos, el misterio evocado, los terrores engendrados, la desesperación ante lo desconocido donde debemos hundirnos.

—

Wilde me decía: vivimos en el espacio y en el tiempo, realizando cambios o pasos de transformación. Yo soy un hombre, no soy una eternidad, como lo dijo el maestro. Soy una parte del todo, como una hora es una parte del día. La hora viene, pasa, cae al infinito. En lo visible y material la vida humana se reduce a una oxidación: es como una luz ardiendo, o si se quiere, como la simple combustión de una bujía. Pasado el fenómeno químico no nos queda de las formas tangibles de ambos sinó el recuerdo. ¿Dónde está el límite entre lo que pasó y la pura nada? Nos acordamos de Solón, de Aristóteles, de los grandes hombres de la antiguedad como podemos acordarnos de la ciudad de Tusculum, situada sobre Frascati en lo alto de los montes albanos, y que no es hoy sinó un montón de ruinas, o de Alba la Longa, que hemos visitado contigo en esa altiplanicie maravillosa, desde donde se domina el Lacio, y se ve a lo lejos el Tíber, el mar Mediterráneo y las crestas atormentadas de los Apeninos. Fueron célebres y ejercieron influencias considerables en la civilización del mundo, pero sus aspectos visibles han sido destruídos, cayeron en cenizas imponderables en el espacio, y sería tarea vana la de tratar de reunirlas para reconstituir idénticas manifestaciones de actividad. Todas esas formas materiales, hombre, ciudad, monumento, acaban para siempre, como la luz de la bujía, como su calor de combustión reintegrado a la atmósfera, como toda la vida humana hecha de un soplo. Solo queda, si acaso, la huella de la idea en los dominios del alma, como la estela de una esperanza desaparecida. Es tarea ingrata e inútil la de llegar a los extremos de esa metafísica que aspira a ser experimental, y haces mal en continuar en tu *obsesión de lo divino*, que va tomando el aspecto de monomanía. Recuerda a Montaigne, tan sincero candoroso en sus citas clásicas pasadas de moda, pero tan fuerte, profundo y mordaz en sus observaciones personales, quien en alguna parte dice que es un notable ejemplo de la insensata curiosidad de nuestra naturaleza, el que se complace en ocuparse de las cosas futuras, como si no hubiera bastante que hacer en la dura digestión de las presentes.

—

Tenía una marcada ojeriza contra los poetas, y la fundaba en sentimientos de caridad hacia el idioma que ellos torturan sometiéndolo a procedimientos mecánicos de medidas silábicas, o musicales de ritmo y rima. Stendhal condenaba la poesía por análogas razones y llamaba *cache-sottise* al verso alejandrino. Wilde decía que la expresión clara de las ideas, con la concisión simple y natural con que vienen a la mente, no puede ser obtenida sinó por el lenguaje libre, o sea por la prosa. En la discusión con Pedro Goyena, sobre este tema, sostuvo que la poesía, especialmente el estro poético, son un estado anormal del pensamiento, si bien poseen, como todo lo fantástico, la belleza de las ilusiones, la utilidad del lujo. “Los poetas tienen algo de más o de menos que los otros hombres, de modo que expresan con la mayor dificultad posible, exactamente todo aquello que no se tiene la intención de decir”.

Esto no quita que apreciara la buena amistad de Olegario Andrade, de Carlos Guido y Spano, de Leopoldo Díaz, de Rubén Darío. Este último, cuando residía en París, me visitaba a menudo en Bruselas, y allí le puse en comunicación con Wilde, quien le trató con cariño. Después de cierta resistencia por parte de Wilde, conseguí que leyera algunas poesías de Darío. Me dijo que valdría más, que éste hubiera escrito todo eso en prosa, para que pudiéramos comprenderlo con mayor facilidad, “pues creo, agregó, que nos cuenta cosas a veces delicadas, a veces sublimes, pero siempre obscuras y dichas al revés”.

Stendhal se expresaba respectó a los poetas con no menos impertinencia: describía los objetos por la sensación, juzgaba de los hechos, con un criterio imaginativo, pregonaba una guerra abierta contra ciertas ideas morales, que él calificaba de hipócritas y de triviales. “No osamos ser nosotros mismos por el temor de contrariar la opinión del vecino, lo cual mata la originalidad”. En la sociedad todo tiende a aplastar, achatar lo sobresaliente, y con ello a suprimirlo. Wilde tenía estas opiniones desde muy joven, y practicaba esos principios *stendhalianos*, mucho antes de haber conocido a Stendhal, y en tiempos en que creo difícil hubiera un solo ejemplar de ese autor, en Buenos Aires. La moda y el *snobismo* por Stendhal nos invadió mucho después. Recuerdo que en Italia yo le inicié en la lectura de algunas de sus obras y le facilité *Promenades dans Rome* como el mejor compañero para gozar de las bellezas monumentales y de la vida artística, suprimiendo la tiranía del guía. Y apunto el dato, porque he encontrado muchas analogías de fondo entre el espíritu de ambos, si bien hay desemejanza en la cristalización del pensamiento.

Stendhal era espiritual, humorístico, brillante, inquieto, atrevido, revoltoso, y con todo eso profundamente sentimental. Wilde lo era de idéntica manera. Stendhal era fino, picante en sus observaciones, libre en el concepto, generalmente profundo, algunas

EDUARDO WILDE

veces paradójico, pero siempre lleno de originalidad. Wilde poseía iguales condiciones en el dominio de la filosofía, de la política, de esas ciencias llamadas conjeturales, en las que su talento aparecía en formas éxtrañas e imprevistas. En sus análisis psicológicos veía el fondo inconfesable del pensamiento, adivinaba intuitivamente las intenciones, aquello de más recóndito, y con esas armas, era temible como adversario.

Stendhal tenía miedo al ridículo pero se servía diestramente de él contra los fastidiosos. Wilde hizo de la ironía un instrumento intelectual de precisión, y del ridículo una arma formidable. Por ahí andan muchos de sus enemigos, tristes caballeros, señalados por una frase suya, personajes suprimidos por un apodo demasiado personal y característico de cualquier defecto. Sin embargo, nadie más susceptible y temeroso del ridículo y de la ironía ajena contra él.

Stendhal era un autodidacta. Wilde también lo fué, pues si bien recibió una instrucción metódica y adquirió un título universitario, tuvo mucho trabajo para desaprender la enseñanza oficial y tomar vuelo con su propia concepción de la vida. También conoció a ese maestro de retórica a que se refiere Sainte Beuve, que siempre es bueno haber soportado, aunque sea necesario después rebelarnos contra él.

Stendhal tuvo por única preocupación la de singularizarse. Combatía contra la rutina, contra la mala tradición, sosteniendo que en este mundo no se hace nada interesante sin un profundo desprecio por la opinión de los demás, y así se mantuvo toda la vida, en identidad con sus principios. Wilde también trabajó contra los hábitos arraigados, contra ciertas creencias inveteradas que por costumbre admitimos como verdaderas y que en realidad, apenas alcanzan a ser convencionales. Tuvo los mismos enemigos que Stendhal, en los mismos círculos sociales, filosóficos y políticos, y no se cuidó de su enojo, ni del escándalo que le hicieron. “Yo desprecio el desprecio de los hombres, me dijo una vez. Ellos no pueden nada contra mí, si yo estoy de acuerdo con mis convicciones, y por eso no les temo. Esas personas debieran más bien manifestarse contentas de que estas doctrinas y hechos nuevos que les ofrecemos, provoquen en ellas ciertos actos de fe, y también la oportunidad, como alguna vez lo dijo Renán, de considerarse y exhibirse como seres privilegiados por tener la posesión y el monopolio de la verdad”.

Wilde desde hora temprana, adoptó formas personales de acción y de pensamiento, y también como Stendhal fué consecuente con ellas durante toda su vida. *Siempre el mismo!*, repetía a menudo. Realizar durante toda la existencia, una identidad consigo mismo, no es obra fácil, y por eso de tiempo en tiempo, debemos tomar el pulso a los amigos, o la temperatura de la afección que nos conservan. *Siempre el mismo!*, esas fueron las palabras que escribió al pie de su último retrato que de Madrid me envió a San Petersburgo, poco antes de morir.

—

Stendhal profesaba la más grande adversión al gobierno clerical, a los frailes y especialmente a los jesuítas. Wilde, igualmente, de todo corazón y con perfecta conciencia. Los frailes eran para él los eternos enemigos, y de allí procedían sus contrariedades. En su vida pública fué atacado sin piedad, y muchas veces él les dejó hacer, no dando mayor importancia al juicio contemporáneo y a las palabras que pasan, puesto que su paz interior, como digo, no dependía de la boca, ni de la lengua de los díscolos; y si alguna vez se revolvió para embestirlos, lo hizo con ímpetu y fuerza de varón, y a fin de que los débiles no se escandalizaran por su silencio”.

Stendhal era aristócrata, y odiaba la plebe. Wilde, como hombre político se mezclaba con ella en el comité electoral, comulgaba con los jacobinos, y con los extremos de ralea inferior, y corría luego a su casa a lavarse las manos. Departía familiarmente con un doméstico, pero tenía diez en su palacio para servirle. Almorzaba en cualquier figón, porque le gustaba cambiar de mesa, o por extravagancia, y a la noche hacía servir en su casa al cuerpo diplomático y personas de la nobleza, un banquete suntuoso. Vivía disfrazado de plebeyo, pero en realidad era un verdadero aristócrata.

Stendhal adoraba la sociedad del siglo XVII, en la que se conversaba con gracia y sutileza, y era el soberano en esas veladas de París y de Roma. Wilde, con análogo ingenio y agudeza, y por su admirable facultad para discurrir, sabía también mantener en alto la espiritualidad de los salones que frecuentaba. Poseía ese don innato de la elocuencia familiar, que penetra, analiza, agranda y embellece las cosas. Buscaba la contradicción e incitaba a la polémica, para sacar chispas, para darse el placer de combatir con la palabra. Cuando el adversario era fuerte, o cuando su propia causa era débil y se sentía acorralado, despertaba en él, enfurecido el sofista que todos llevamos en nuestro interior para disculpar nuestros errores; y era entonces admirable la sutileza de su entendimiento y la habilidad de su dialéctica.

La mujer era uno de los principales objetos de observación de Stendhal, y lo ha probado en su maravilloso libro sobre el amor. En su corazón ardiente y sentimental, había cabida para muchas. Las amaba apasionadamente, y ante ellas era un tímido en su emoción sensual e intelectual; y esta timidez provenía de no saber muchas veces dónde comenzaba y dónde terminaba su pasión sensual, un tanto mezclada y acaso confundida con la intelectual que le servía de estudio para sus famosas teorías y *cristalizaciones*. Era un profesional de amor, pero no un don Juan. Wilde vivió también enamorado del amor, pero no fué un maestro sinó un discípulo, y quedó como *dilettante*, dominado por la última pasión, que estudió a guisa de experimentación y de la cual pudo decir: *j'ai dans l'esprit une femme comme il y en a peu, qui me péserve des femmes comme il y en a beaucoup; j'ai bien des obligations à cette femme là*. La mujer era para él lo más querido y lo más aborrecido de este mundo.

Nunca hablaba mal o despectivamente de una mujer, sino de las mujeres, en relación al feminismo que condenaba, y sólo en un caso en que tenía forzosamente que dar su opinión sobre una dama de no muy buena reputación, la cual le había ofendido con su sátira, le oí decir algo que me recordó la frase de Cicerón defendiendo a Coelius en el proceso de Clodia, o sea la famosa Lesbia del poeta Cátulo: “no soy enemigo de las mujeres y mucho menos de una mujer que es la amiga de todos los hombres”. Dicha persona le había atacado gratuitamente, y él estimaba que eso era bien raro, pues, no le había hecho ningún servicio. “No alcanzo a penetrar esa actitud, y con ello me pasa como en otras cosas que para mí son incomprensibles, porque me obstino en buscarles causas racionales”.

—

Amaba los viajes por el placer de observar, comparar y deducir sabiduría práctica, y por substraerse a ciertas pretendidas amistades de origen político, a la sociedad permanente de los imbéciles, a las pretensiones de los mismos inútiles, a las recomendaciones de los amigos, a los fastidios de los criados, de la misma mesa, de los mismos vinos, en una palabra, a la monotonía de la vida regular que detestaba. Amaba los viajes también por los sitios en sí mismos. Posaba su espíritu con cariño sobre las tierras históricas y sobre las piedras que tienen un nombre, una alma y una tradición, con lo cual impregnaba sus jornadas de poesía, de filosofía, de viejos y amables recuerdos revividos.

—

Al iniciar como Ministro sus reformas liberales, en la legislación civil de fondo, se levantó un clamoreo en nuestra sociedad, de suyo conservadora, y un grito de indignación entre sus enemigos políticos. Le escribí, sobre esto desde Roma, y entre otras cosas me contestó: “No hagas caso de esos gritos y rumores. Cuando Pitágoras encontró la solución del problema que lleva su nombre, ofreció una hecatombe a los dioses; desde entonces todos los animales se agitan, rugen y gritan cada vez que oyen hablar de algo nuevo en el progreso de la humanidad”.

—

Se ha dado muchas definiciones del hombre, me decía, se le ha llamado ángel caído, rey de la naturaleza, alma que se sirve de un cuerpo, animal dotado de razón, gallo sin plumas, animal propietario, y así hasta donde va la imaginación. En realidad y ateniéndonos a la palabra animal, hay una definición que reputo exacta: el hombre es un animal ilógico. Los demás animales se conducen lógicamente en todos sus actos; el hombre bebe sin sed, come sin hambre, se enamora fuera de estación, por fantasía y estupidez. En la asociación de las ideas el hombre es tributario de la ley del contraste, la cual, aunque parezca inverosímil, es en realidad la ley de lo normal. La armonía se alimenta de mil pequeños choques y contradicciones, y por eso el contraste contribuye a producir reales efectos de belleza. No creas en los hombres sanos de espíritu; es la locura con sus desequilibrios la que hace marchar el mundo. Todos somos más o menos maniáticos o coleccionistas. El uno junta libros o botones de camisa, o sellos de correo, o mariposas, o dinero, o condecoraciones y honores, o hace política y quiere ser diputado o ministro. Hay ciertas manías que cultivamos ciudadosamente y que nos inspiran respeto: tal la del funcionario que se cree superior a los demás en razón de su cargo, la del rico que desdeña al pobre, u otras hereditarias, como la del noble que desprecia al plebeyo. Nadie confiesa la suya propia, pero todos recalcan sobre la del prójimo. Ellas son como válvulas de seguridad, y sirven para calmar la tensión de los nervios, que parecen como desviados en sus relaciones o comunicaciones cerebrales, e impiden así que la alienación tome una forma más inconveniente y nos ponga en camino del sitio dondo residen aquellos que tienen nuestras mismas ideas, un tanto exageradas, y a los que suponemos desprovistos de razón, precisamente porque razonan demasiado. Es necesario muchas veces parecer falto de juicio y ser sensato. Sería presunción de mi parte la de pretender el renombre de discreto, cuando yo mismo compruebo muchas veces que mi opinión es aislada, y que los demás, por eufemismo la califican de original. Todos los grandes hombres han tenido sus manías, y a todos ellos, desde Jesucristo a Sarmiento, los contemporáneos les han llamado locos. Ciertamente que lo fueron, porque sus cerebros no eran vulgares, y porque siendo cuerdos no se hubieran lanzado en aventuras temerarias. Pero de todos modos, son ellos quienes arrojan a la humanidad en las nuevas vías, sirviéndose del entusiasmo, que en el fondo no es sinó una locura divina. Son los entusiasmos de los creyentes en delirio, los que han hecho las grandes revoluciones.

La mujer es el eterno enemigo, me dijo alguna vez, sea que nos persiga con su odio, que nos torture con su indiferencia, o que nos convierta en galeotes con su amor. Y en una de sus últimas cartas que tengo a la vista me dice: “Mientras tanto te pido adhesión a la siguiente fórmula: ¡Qué se las lleve el diablo a todas las mujeres de la tierra!!” Si las mujeres no engañaran a los hombres ¿qué harían? Si se mostraran tales cuales son ¿se atrevería alguien a quererlas concienzudamente, a sacrificarse por ellas, a dar tanto valor a sus encantos? “Yo no creo que las mujeres engañen con premeditación, agrega en otra parte. Cuando afirman su pasión esa afirmación es sincera... después se convierte en mentira. Acusar de inconstancia a las mujeres, es como acusar de variables a las veletas. No son éstas las que cambian, sinó los vientos; ellas giran cediendo a una violencia, y muchas veces sus gritos estridentes en medio de la noche, chillados por sus ejes herrumbrados, son los quejidos inútiles contra la fuerza bruta que las impele: ellas desearían quedarse quietas.”

Hay gentes que por un acto de filantropía cooperan a la felicidad de personas que les son simpáticas. “En China un agente especial interviene en los matrimonios: se llama el *match maker*, el que hace yuntas: le llamaremos nosotros, corredor de matrimonios. (*Por tierras y por mares*, pág. 63.) En el Japón hay ciertas relaciones como las de una niña que acepta un amante con la tolerancia general. Son actos que por cierto no encuadran en los preceptos de la ley moral, y son más bien la resultante de un compromiso, un trabajo, podría decirse, inherente a un estado angustioso y de suprema necesidad en la existencia, trabajo que si mancha el cuerpo no deshonra el alma, porque en ciertas penurias todo capital debe dar interés; esa es una ley de la naturaleza social”.

Las afirmaciones de este género, expresadas con tanta franqueza son las que han hecho decir a muchos que Wilde no era ortodoxo en sus principios morales. Pero debe observarse que en este como en todos los casos en que se le ha acusado, él no aprueba el hecho, y su pecado no ha sido otro que el de denunciar faltas sociales, comprobar hechos y fustigarlos exhibiéndolos en su fealdad con cierta crudeza, para evitar su repetición.

A medida que más se alejan en el tiempo, más frescos brotan en mi memoria los recuerdos del amigo. Los siento con intensidad de cosas presentes, y hoy al escribirlos me parecen palabras de la charla interminable que nos mantenía en tan buena armonía, estando no obstante, casi siempre en el más cortés y amable desacuerdo de principios. Precisamente este desacuerdo era el que más unía nuestros espíritus.

Wilde pasó una gran parte de su vida como el viajero embarcado en un buque fantasma o en un tren rapidísimo, de que no podía descender ni separarse a su guisa. Fué arrastrado en una continua borrasca que no le dejó tiempo ni tranquilidad para reflexionar como él hubiera querido sobre el valor intrínseco de las cosas, sobre los placeres del ánimo, sobre la dicha de la existencia hacia la cual corría con los brazos abiertos. Quejábase entonces, de la inutilidad de todo esfuerzo para radicar un átomo de felicidad estable. Al ingresar a la carrera diplomática como ministro, comenzó un período de calma en que pudo con más tranquilidad voltear su alma y escuchar sus palpitaciones. Entonces impuso a sí mismo el método analítico practicado en los demás. Recordaba que Epicteto dice que estamos compuestos de dos naturalezas bien diferentes: de un cuerpo que nos coloca en comunidad con las bestias, y de un espíritu que nos pone en comunidad con los dioses. Javier de Maistre tomando el concepto de Epicteto, sin citarlo, agrega, que estos dos seres, hombre y bestia, son absolutamente distintos, pero de tal manera encajado el uno dentro del otro, que es necesario que el alma tenga una cierta superioridad sobre la bestia para ponerse en estado de hacer la distinción. Es a la bestia que es necesario echar la culpa de nuestros males, a este ser sensible, perfectamente distinto del alma, verdadero *individuo* que tiene su existencia separada, sus gustos, sus inclinaciones, su voluntad, y que no está arriba de los otros animales, sinó porque es más educado y provisto de órganos más perfectos.

Wilde aceptaba prácticamente la dualidad, haciendo de su propio personaje, dos personalidades, el actor y el espectador. En el mundo, decía, somos como los actores y espectadores de la comedia en un gran teatro. Debemos desdoblarnos y hacer que el hombre quede de observador en la platea, mientras que la bestia representa en el escenario. Como la bestia predomina en la mayor parte de esos actos de la vida, que obedecen a excitaciones reflejas más que a resoluciones del libre albedrío, asistimos complacidos o avergonzados a las vicisitudes de nuestra existencia, riendo, llorando o admirando nuestra propia máscara. A menudo en los intermedios pasamos entre telones, o sea dentro de la conciencia, y exhortamos a la bestia para refrenar sus ímpetus, o bien la felicitamos por su peregrino desempeño, pero jamás la desaprobamos. Vivimos contentos con ella. ¡Dios mío, qué sería de nosotros sin la bestia!

“LA CULTURA ARGENTINA”

Acaba de aparecer:

Eduardo Wilde

EL HIPO

Con una introducción de
BELISARIO J. MONTERO

$ 1.— m/n en todas las librerías

Pedidos a la Administración: BELGRANO 475. Bs. Aires